

LA PROSTITUCION EN CASTILLA-LA MANCHA

Atenta a los más diversos aspectos de la realidad social de nuestra Región, La Hora de Castilla-La Mancha llevará a cabo una serie de informes monográficos en los que pretendemos profundizar, fuera de connotaciones sensacionalistas, con objeto de ofrecer una visión suficientemente orientativa, con preferencia desde un punto de vista sociológico. Abordamos en esta primera ocasión un tema tan controvertido y complejo como lo es el de la prostitución, siempre actual y sugestivo.



ENTRE EL "ALTO DE LA VILLA" Y "VILLACERRADA"

No parece necesario afirmar la dificultad de «hincarle el diente» al complejo, áspero y controvertido tema de la prostitución. Máxime en Albacete, ciudad que, por suerte o por desgracia, fue famosa hasta hace una década por su barrio chino, el denominado popularmente como «Alto la Villa» (sin preposición intermedia, para acortar). La verdad es que la capital de la provincia, a diferencia de ésta, pocas cosas tiene realmente que destaquen o merezcan una visita turística –Feria aparte, claro–. Pero tampoco era la cuestión como para que en Madrid, Barcelona, Valencia y otros lugares en decreciente orden se hablase del «importante barrio de prostitución con que cuenta Albacete, oye, casi tan bueno como el de...». Y se hablase más que de otras realidades paisanas.

Lo cierto es que allí, en el «Alto la Villa», tan céntrico y cercano a la Plaza Mayor, refulgían los tintineantes luminosos anunciadores de

bares –¿bares?...– como «Mogambo», «Copacabana», «Los Claveles», «Puyma», «Pasapoga», «Casa Lucas», que se dedicaba a cerrar los tratos y donde al menos se podían degustar unos sabrosos michirones con no mal vino, etc. En aquellos angostos callejones de polvo y tierra, estrechos y rancieros, furtivos y secos, se respiraba un envolvente, turbio y espeso ambiente que se mascaba con su misterio ténue y oscuro, centelleante y casi atractivo. Por aquellas calles circulaban, junto a los clientes de todas las clases sociales, personajes típicos, rameras y «alcahuetas» mezcladas. Que si «La Coja», «La lenteja», «La minayera»...

Pero los tiempos cambiaron y las necesidades desordenadas del urbanismo albacetense obligaron a que tan bien enmarcado sitio desapareciese para dar paso a un conjunto tipo monstruo moderno, «Manhattan» manchego –no en vano la nueva plaza es la de La Mancha–, que diseminó a las profesionales por di-

versos puntos de la ciudad. El nombre del nuevo barrio algo conserva del antiguo: «Villa Cerrada». A la par, cambiaron las costumbres (ahora hasta estudiantes, paradas o esposas de parados, jovencitas que necesitan dinero para su porro –conviene no olvidar que de la generación del «cuba libre» se ha pasado a la del porro– parece que comercian con su cuerpo). Y las opiniones, a pesar de todo, siguen tan divididas como antiguamente.

Sigue existiendo quien está a favor de la prostitución, incluso pide su legalización, sus carnets profesionales, sus reconocimientos médicos, etc. Y aquellos otros que sólo ven en ello perversión, pecado y mal ejemplo social. Aunque, posiblemente lo peor de la prostitución, mucho más que ella misma en sí, es la explotación de las rameras por sus correspondientes chulos. Ahí radica su auténtica violencia.

Cuando Albacete y su «Alto la Villa» eran comentados y famosos, lo que estaba bien claro es que los jóvenes clientes, e incluso los no tan jóvenes, buscaban lo que no podían obtener de otra manera, ni siquiera teóricamente, excepto los chistes y palabras a media voz de los corrillos de amiguetes. Porque ¿dónde se daba información sexual en aquella época? Por fortuna, la sociedad española está alcanzando su modernidad, su mayoría de edad y combatiendo la prostitución con la mejor arma contra las lacras sociales: información, educación, cultura y libertad responsable. En el campo sexual también es lo mejor. No será necesario el «Alto la Villa». ■